

Artistas ambulantes.

# Shong-Sie-Hei el peregrino.

En el circo.—See-Hee.—Recuerdos de la infancia.—Cómo llueve en Pekin.—Los juegos de los niños.—El aprendizaje.—La pendina.—Los cuchillos y los arcos.—Fieras, no.—Los prestidigitadores.—Una desgracia en Rusia.—El casamiento de Shong.—La obra de los revolucionarios chinos: un mar de sangre y cien millones de muertos.—El general y los presidentes.—La vida familiar del director.—Jesús y la Virgen.—El porvenir de China.



Shong-Sie-Hei, con su esposa y su hijo.

Leonard Parish, el simpático director del Circo, grita goeundamente:  
—¡Chin-Chón!... ¡Eh, Chin-Chón!...  
Y los Briatores, que ensayan en el escenario, y Chicharito, su mujer y los Wernoff, que ensayan en la pista, nos miran, sonrientes.  
—¡Eh, Chin-Chón!... ¡Chin-Chón!...  
—¡Hola, Chin-Chón, buen brujol  
Y Shong-Sie-Hei avanza con dignidad, y nos saluda, muy afable, y dice, entornando sus ojuelos, que brillan de alegría:  
—A mi gustar me saque no! perlorico... Yo voy desir mucho, mucho, mucho cosas muy mucho bonitos.  
—Había usted perfectamento.  
—¡Oh!... Son tres años que levo en España; pero me falta un poco para intradnsir bien la español.  
—Dígame: su «troupe», ¿por qué se llama See-Hee?  
—Por la sífificado. See-Hee, en chino, viene a ser como un compañía todo junta, e además un graciosa e alegre compañía. Trupe See-Hee: trupe alegre, trupe graciosa. Todo igual.  
—¿Es usted de Pekin?  
—Enteramento de Pekin. A los once años, pi, pi, pi, a volar por mundo. Pi, pi, pi, al América: ni, ni, ni, al Uropa

—¿Y se acuerda usted de su patria?  
—¡Oh! ¡Pekin! ¡Ocooh! Mucho y muy mucho bonito. Los tejados con picos así pa afuera, como paraguas. Y el lluvia... ¡oooh!  
—¿Muy copiosa?  
—Y más también. No sé intradnsirlo. Lluevo como aquí, pa abajo, naturalmente, del nub; pero de otro modo. Y después a subir, a subir la agua en el calle, y después, más después, a saar la agua de calle... Mu-ho y muy mucho bonito.  
—¿Y qué más?  
—¿A Pekin? La tranvia létrica de Alemania. Y grande y magníco el poblasién. Yo jugaba con el muchachos al bola d cauchú.  
—¿A la pelota?  
—Eso. Así se intraduse. Al pelota. Y también al «chuan», que es como un moneda que chene clavados plumas de gallina. Al «chuan» darle pequenitos con la pie y tenerla en la aire lo que se pueda. Uno, dos, sien, dosión... Diff-til y de distrasién.  
—¿Y cuándo empezó usted a trabajar?  
—¿En la circo?... Pequeño, pequeño, pequeño. Yo chener más de dos siglos de artista: desde la padre de la padre de mi padre. Al cinco años visto maestros, ya

con el idea salida del cabeza, trabajar bien. Primero con el pendina..

—¿Pendina? ¿Es chino eso?  
—Español. Pendina es un palabra española. Tamé se dise el sint. Pendina, sinta. Todo igual.

—¡Ah! ¿Y qué hace usted con la pendina?

—Dándola, dándola, poniéndola en la mire, sin arrollarla nunca, yo haser flores, letras, sircconfrensias e otros pensamientos que salen.

—Y después, ¿qué aprendió?

—A tirar las cuchillos al tabra, con una persona en el tabra, sin herir al personá. Se aprende con una muñeco. Después, más después, sprindi a «artar a sima del mesa y pasar ¡hiii! por un arro de cuchillos y otra arro de fuego, y después, muy más después, todo lo otro.

—Su padre, ¿estaba en un circo?

—Era director de uno de esos que andan al camino. ¿Ambulante se intraduse?

—¡Ambulante, sí! ¿Son buenos los circos en China?

—¡Ocooh!... Pero sin fieras. Allí no gustar los fieras. Allí asustarse el gento de los fieras. Disen: «Esa tigre muy fuerte, muy fuerte, tragar un o dos docenas de niños, y aquí no tener el niños para que ella comé selos.»

—¿Qué artistas son los que gustan más?

—El prestigitadores.

—Son extraordinarios, ¿verdad?

—El chinos tener talento en el cabeza para prestigitadores. Sale uno nel circo con el sintura fino, con el piernas fino, sin nada, y en seguida saca de la cuerpo un tasa grande, grande, llena de la agua, con pesetos de oro. Un prestosidad, ¿eh?

—Claro.

—Una hermano de mi madre... ¡oooh! Lo que yo reir!... Hasia mariposas de papel a la vista de la público, y abanicando, abanicando, chas, chas, a volar siempre el mariposas, hasta que él se iba, como si el mariposas vivieran. Luego ponía una prato gordo en el mesa, y chas, chas, por la aire la prato. Luego, cosa muy mucho magníca: paseo arriba, paseo abajo; golpe por donde va el cabeza, golpe por donde van las pie; chal sobre la suelo, y, a un «oplo, de la chal sacaba una craturita. ¿Eh? Nadie haber visto oraturita, y la sacaba de la chal. ¡Lo que yo reir!... A mí, de pequeño, sacar él de la muslo, de la vientre... Una cosa magníca.

—¿Y cuándo se presentó usted al público por primera vez?

—Como artista de talento, a catorse años, en Rusia. No querian que yo tirar cuchillos porque una individuo, al craverlos en el tabra, cravó también el cabeza del que se pone junto tabra, por su mala pulso.

—¿Y murió?

—En la misma escena. Come ora de la familia, per confiansa, nadie areclamó, y lo enterraron a tierra. Pero no querían que yo tirar el cuchillos, por si era también de mala pulso.

—¿Y tiene usted buen pulso?

—No he cravado en el tabra ni una pelo de mi primo. Pan, pan, pan, pan, pan, siempre los sinco en el tabra. Ni mi mujer asustarse.

—Pero ¿es usted casado?

—A los destocho años; hase tres.

—¿Con una artista?

—No. Con una joven de casa particular. La buscó mi padre; avisó a mí, y yo viajar a China para casamiento.

—Pero ¿no la conocía usted?

—Nunca. Allí no es como aquí, que para casarse hay la amor las novias... ¡Ah, no, no! Allí la padre y la madre del joven busean la nifia, hacen la contrato y se casan la nifia y el joven, sin verse ni el naris. Es un costumbre antiguo.

—Mala costumbre.

—No; bueno, bueno. ¡Muchísimo buenol!

—¿Y si al novio no le gusta la novia?

—¿Habiéndola buscado la padre y la madre?... ¡Ooooh! ¿Qué le gustaría a esa novio?... Chene, ehene que gustar. La padre y la madre quieren lo muy mejor. No miran al hijo como si sería un perro. Busean bien.

—Pero ¿y si, a pesar de todo, al marido le disgusta la mujer?

—Se puede ir por ese tontería. Echarla de casa, no. No es su obligación. Irse al Urropa, o al Amérrica, y no volver, sí. Pero nadie se va. Y el gente rico se casa con dos nifias. Sí, sí. No es imbuste.

—Y a usted ¿le gustó su esposa?

—¡Ooooh! Y adoraría como el amante de Terruel.

—¡Bravo, Shong! ¿Y estuvieron ustedes mucho tiempo en China?

—Poco, muchísimo poco, porque el revolución andaba bien de fuerte. El revolución ha sido muy horrible. Junto al revolución, la guerra del Urropafestá como la juego del «chuan».

—¿Camdstoles, caballero Shong!

—¿Como jugar al «chuan»! ¡No es imbuste! El sangre a subir, a subir, a subir en el poblaciones y el campo como la agua cuando llueve, y el muertos a llenar leguas, leguas y leguas. Han morido sien millones de craturas.

—¡Carape, señor Shong!

—¡Sien millones de craturas! Lo sabe mi padre. Pero hay cuatrosientos cincuenta millones de chinos. ¡No es imbuste!

—Pues con tres revoluciones más...

—Sí; pero, pero, pero... Mire: abajo a Pekin todos son publicanos; pero arriba a Pekin no lo son, y arriba a Pekin se fué el rey antiguo y allí está encultado.

—¿Y no le cogarán?

—Eso sí no estaría encultado. Pero la rey antiguo ehene casas sutráneas por debajo del tierra, largas, largas, largas, y en la sutráneo muy muchos guerrieros valientes con el lanza, la fusil y la sable, que matarían los publicanos.

—¿Y si los republicanos les mataban y prendían al rey?

—No posible.

—¿Por qué razón?

—Porque la rey antiguo volverá. Más tarde; pero volverá. La periódico chino ha publicado un notisia chica que volverá.

—¿Y será cierta la noticia?

—No la ha publicado la periódico? Y que la rey ehene una general muy muchísimo terrible contra el publicanos. La general manda: «¡Firmes el guerrieros con el bata al fusil! ¡Firmes el artillieros con el granada al cañon! ¡Morir, morir para el patria e cravar en bayonetas a publicanos!» E la general echa adelante sus tropas, pan, pan, bom, bom, e siempre ganansia. Ya hay dos presidentes publicanos todo muertos, e le faltan tres. Pero mi no hablar alegre de política... por

la cónsul. ¡Si la cónsul leería la periódico!

—¿No es usted republicano?

—Pero a mi hermano gustar la pública.

—¿Y a su madre y a su mujer?

—No. No entender de política. Trabajar, comer, pasejar... No entender de política. Mi mujer mucho contenta a Urropa. Menos la traje, todo bien. Ya ha imprendido la juego de la prato.

—Y para comer, ¿cómo se las arreglan ustedes? ¿Comen a la china?

—A la china, sí. Para el empiéso, arros. El arros es como la pan.

—¿Y lo toman ustedes con palitos?

—No. Con el cuchara. Mi madre, sí; pero con el dos palitos en el mano derecha, todos juntos, y sin haser como una hillo de granos o una colliar de granos.

—¿Y después del arroz?

—Pescado, carne... Pero como en China: lo que ehene sal con lo que ehene sal, lo que ehene dulce con lo que ehene dulce... E la carne cosida, cosida, que no se vea el sangre. El sangre mala para el tó-mago.

—¿Y rezan ustedes?

—Poquito. Sí. A China estamos budistas; a España e todo Urropa, cristianos. Budista, cristiano, todo igual. Mi mujer compró a Rusia un virgen santa: la Madre e la Jesús. ¡Bonita, bonita! E resan mi mujer e mi madre, mucho e muy mucho por nosotros.

—¿Y por China?

—¿Por China?

—Sí. Para que prospere, para que no la venzan sus enemigos.

—¡Oh! A China no venser nadie. Hay competensa a la Japón; pero a la China haber cuatrosientos cincuenta millones de craturas. Es muy, muy, muy mucho grande, e, a la fin, Urropa, Amérrica e la China... todo igual.

Parmeno.